

**MENDIOLA GONZALO, IGNACIO (Editor)** *Rastros y rostros de la biopolítica*, Barcelona, Anthropos, 2009.

La obra editada por el sociólogo español Ignacio Mendiola Gonzalo *Rastros y rostros de la biopolítica* se estructura formalmente a partir de un artículo introductorio (del editor), un prólogo y dos secciones de siete artículos cada una.

En la “Introducción. La biopolítica como un pensar fronterizo” Mendiola Gonzalo abre la obra sosteniendo que el concepto de biopolítica circula por las ciencias sociales suscitando la atención más allá de su campo de procedencia: el filosófico. Para graficar esto utiliza la metáfora del magnetismo para explicitar ese lugar que hoy ocupa este concepto. Propone pensar la biopolítica desde sus rastros y sus rostros. Los *rastros de la biopolítica* pivotan sobre un pensar indisociable: vida y política; los *rostros de la biopolítica* aporta diversos y plurales análisis a partir de situaciones sociales concretas, combinando así indagación crítica de las posibilidades teóricas y una serie de ejemplos diversos. De ahí esta bifurcación no se desarrolla por caminos separados sino que opera entre lo teórico y lo experiencial, conformando un escenario transdisciplinar que, en última instancia, tiene por objeto repensar la subjetividad desde la co-pertenencia entre vida y política.

En el prólogo, “Condición humana y nuevos imaginarios socio-bio-políticos” de Josex Berriain Razquin, se asume que las sociedades modernas presentan límites difusos, flexibles y susceptibles de ser transgredidos, planteando un cambio en los modos de entender la sociabilidad, la que no puede pensarse solamente desde la conformación de relaciones intersubjetivas sino asumiendo las relaciones entre los sujetos y las cosas a la manera de los *cyborgs*, híbridos compuestos de naturaleza y tecnociencia.

La Parte I: “Rastros de la biopolítica” se inicia con un artículo de Ignacio Mendiola Gonzalo “La bio (tanato) política moderna y la producción de disponibilidad” en el cual aborda la importancia de los espacios que nos van conformando a lo largo de nuestro desarrollo, marcándonos límites y expectativas, al mismo tiempo que complementa la visión clásica del origen de la biopolítica y su preocupación por *hacer vivir* a la población con la necesaria complementariedad de un régimen tanatopolítico (es decir, basado en la muerte) que permite la existencia del primero. Así, el que en el siglo XVIII surgieran los regímenes disciplinarios y centrados en el cuidado y mantenimiento de la vida se vio respaldado por los regímenes coloniales que, a costa de permitir y potenciar la muerte de muchos, creaba la riqueza suficiente para cuidar la vida de los poderosos. Hoy en día sería válido preguntarse ¿Cuántos espacios de *dejar morir* son necesarios para permitir que nos centremos en *hacer vivir* a algunos de nosotros?

El siguiente artículo de Santiago Castro Gómez, “Disciplinas, biopolítica y noopolítica en Mauricio Lazzarato” se ocupa de las *sociedades de control*. Para Lazzarato esta

noción deleuzeana supone una imbricación de dos tecnologías de poder enunciada por Michel Foucault –la *disciplina* y la *biopolítica*–, a la que suma la *noopolítica*. Si la *disciplina* se aplica sobre los cuerpos y la *biopolítica* tiene como objetivo la gestión de la vida, la *noopolítica* (que surge a principios del siglo XX para tornarse hegemónica a partir de 1960) se aplica sobre la *memoria* y tiende a “la modulación de la volición y los afectos para producir el *deseo por la mercancía*” (p. 78). Luego de una cuidada exposición de los desarrollos de Lazzarato que, además de referirse a la *noopolítica*, también se refiere al trabajo inmaterial y a la confusión entre ciudadanos y consumidores, el autor del artículo problematiza la igualación que hace Lazzarato al equiparar *sociedades de seguridad* de Foucault y *sociedades de control* de Deleuze.

El trabajo de Francisco Javier Tirado Serrano “Cinepolítica y cinevalor. La ‘gran transformación de la biopolítica’” aborda las nociones de *disciplina* y de *biopolítica* en Foucault. Luego analiza la noción de población tal como la presenta Foucault en *Seguridad, Territorio, Población*, para referirse, luego, a las referencias de Lazzarato sobre lo público. Por último presenta un análisis del telecuidado (de la cinepolítica) que toma del Sistema Inteligente de Monitorización de Alertas Personales (SIMAP), desarrollado por la Cruz Roja Española y la Fundación Alzheimer de España a los efectos de poder ubicar espacialmente, mediante GPS, a personas con deterioro cognitivo leve o moderado.

La chilena Vanessa Lemm, en “El umbral biológico de la política moderna: Nietzsche, Foucault, y la cuestión de la vida animal” se propone complementar dos proyecciones inconclusas respecto de una biopolítica afirmativa de la vida. Se aborda el proyecto de Michel Foucault, que sostiene la resistencia a una biopolítica negativa a través de una estética de la existencia, y el desarrollado por Esposito, a partir de una interpretación de la animalización del hombre en Nietzsche. Frente a estos dos proyectos –inconclusos según Lemm– vuelve a Nietzsche para contrariar lo aseverado por Esposito y sostiene que “La concepción de la cultura de Nietzsche incrementa nuestra comprensión del debate contemporáneo sobre la relación entre biopolítica y vida animal, porque articula la relación entre vida animal, cultura y política” (p. 121).

A continuación, Mónica Cragolini en “Nietzsche y la biopolítica: el concepto de vida en la interpretación de Esposito” esboza una certera crítica al planteo del filósofo italiano con argumentos nietzscheanos, realizando, también, una crítica a la biopolítica afirmativa. Señala que si se pretende reflexionar sobre una *biopolítica afirmativa* “siguiendo las huellas de Nietzsche, es necesario pensar a la vida y a las formas, en una tensión que opone fuerzas «en» la voluntad de poder, y no «con» la voluntad de poder” (p. 144).

Luego, Tomas Borovinsky y Emmanuel Taub en “Biopolítica y nazismo: una lectura del genocidio moderno”, abordan las nociones foucaultianas de poder soberano y biopoder y, dentro de este, las de anatomopolítica y de biopolítica, caracterizando esta última noción y preguntándose cómo entender el genocidio en la era de la biopolítica,

esbozando como respuesta que “el objetivo nazi fue el fortalecimiento de la salud del conjunto del pueblo alemán eliminando, para ello, todas aquellas influencias que fueran nocivas para el desarrollo biológico de éste” (p. 159).

Finalmente –y cerrando esta primera parte– el artículo “La política del querer vivir” de Santiago López Petit expone un recorrido histórico de los diversos modos en que resulta conceptualizada la noción de *vida*, reconociendo en los desarrollos de Giorgio Agamben, Antonio Negri y Roberto Esposito un resurgimiento de las reflexiones en torno a dicho concepto, aunque esta sea presentada neutral, sin dimensión existencial, perdiendo “todo carácter problemático y aporético para convertirse en simple *solución*” (p. 173). Frente a este escenario, nuestro autor apela a una *política del querer vivir*, aquella que devuelva a la *vida* su problematicidad “para poder expulsar el miedo”.

La Parte II: Rostros de la biopolítica, se inicia con el artículo “Regeneración y reciclaje: descolonizar la ciencia y la bio-tecnología para liberar la vida” de Walter D. Mignolo. En él se afirma que las actuales revoluciones tecnológicas se sostienen, por un lado, en una retórica de la modernidad que se expresa en la noción de progreso, entre otras y, por el otro, en su inseparable contracara: la colonialidad. Así, todo “progreso” tecnológico no se puede disociar de sus efectos y, en este caso, sobre la vida desechable de cualquier ser viviente que sea un obstáculo para dicho progreso. En la presente propuesta se especula sobre una ético-política de la sociedad civil que asumiera su rol activo frente al Estado. Estas corporaciones serían quienes impedirían que tanto la biotecnología como la biología genética se convirtieran en nuevas formas de control del conocimiento y de la subjetividad mediante el control del vivir, resabios del proyecto inacabado de la modernidad.

En “Los nuevos dueños de la biodiversidad. Tensiones colectivas en torno a los usos y los abusos del actual sistema de patentes” Joséan Larrión Cartujo expone y analiza “el conflicto social desatado en torno al actual sistema de patentes relacionado con los productos y las prácticas de la nueva ingeniería genética” (p. 201). Los defensores de la actual regulación afirman que el sistema de patentes configura una herramienta al servicio de la investigación, mientras que sus críticos afirman que estos desarrollos no serían inventos humanos y se usan como instrumento para aumentar dividendos de los emprendimientos multinacionales. En tal sentido, el desafío implica asumir que “La cuestión más relevante y controvertida sería, en consecuencia, si los actuales productos cognitivos y tecnocientíficos relacionados, por ejemplo, con los acervos genéticos mundiales deberían considerarse y administrarse como bienes públicos, comunes y compartidos o como mercancías apropiables, privatizables o mercantilizables” (p. 219).

Carlos Hugo Sierra Hernando en “Regímenes de producción de cuerpos en el espacio médico”, sostiene que la medicina occidental ha cambiado notablemente a partir de la segunda mitad del siglo XX, tornándose en elemento de vigilancia, de gestión de los

flujos biológicos de las poblaciones, convirtiéndose en el motor de la biopolítica moderna. A continuación, Pedro Oliver Olmo en “Prisionización y bioprotesta” afirma que dado que “el biopoder de la cárcel totaliza la vida de las personas encarceladas, la lucha en contra de ellas implica directamente a los cuerpos” (p. 257) por lo que, en la cárcel, la protesta deviene *bioprotesta*.

El trabajo de Héctor Silveira Gorski e Iñaki Rivera Beirás “La biopolítica contemporánea ante los flujos migratorios y el universo carcelario. Una reflexión sobre el regreso de los ‘campos’ en Europa” centra su reflexión sobre el sistema carcelario y los flujos migratorios, señalando que la ley incluye a los extranjeros indocumentados en el ordenamiento al mismo tiempo que los deja parcialmente fuera de él. Son excluidos pero no llegan a estar, como veremos, en lo que Agamben denomina «campo de concentración» ya que, a pesar de que el legislador español les niegue una parte importante de sus derechos fundamentales, conservan algunos de ellos como personas, concluyendo que frente a la falta de respeto a toda persona nacional o extranjera por parte de un Estado de derecho, “El incumplimiento de todo esto por las políticas de regulación que implementan los gobiernos europeos, especialmente sobre los reclusos, los inmigrantes económicos y los refugiados, pone de manifiesto la maleabilidad de arquitectura del Estado de derecho y la falta de instrumentos jurídicos y políticos para hacer frente desde la sociedad civil a la intervención del biopoder en los procesos de exclusión social” (p. 289).

Enrique Santamaría Lorenzo, en “Mediaciones periodísticas y vitalidad sociocultural en contextos suburbanos (‘la revuelta de las *banlieues*’ en la prensa española)” expone cómo los medios periodísticos, en especial los españoles, narraron la denominada revuelta de las *banlieues*, acaecida en 2005, en Francia, señalando que “Lo que verdaderamente constituyó el meollo de la noticia en España fue la intranquilizadora pregunta de si puede pasar aquí algo así; esto es, si dichos sucesos anunciaban un futuro próximo como consecuencia de la cada vez más significativa presencia de ‘inmigrantes’ en este país. Y cuánto de próximo e inexorable era dicho futuro” (p. 307).

Por último, Andrés Dávila Legeren en “Encerrando fuera a los demás (de más): segurización urbana, observancia política y fotografía” sostiene que los procesos de “segurización se atienen a una observancia biopolítica” (p. 327). La segurización urbana sería un proceso por el cual algo o alguien se transforman en un asunto de seguridad. Tomando a Foucault, el autor del artículo señala que la idea de observación refiere tanto al examen que genera objetos de estudio, cuanto a la producción y el registro de las observaciones, “Y al hacerlo interviene en la normalización y la regulación del propio observador en ciernes, desbaratando tanto sus observancias como sus observaciones” (p. 338).

El libro ofrece nuevas perspectivas para analizar el fenómeno biopolítico y, si bien hay aportes pensados desde nuestras realidades regionales, el panorama general apunta a los

cadentes problemas bipolíticos que afectan a la sociedad europea –pero que en virtud de la sociedad global nos afecta a todos– ya sea porque los fenómenos se reiteran, con características propias de cada región, ya sea porque quienes migran a otros países también pasan a formar parte de la “contaminación” que, siempre, parecería venir de afuera.

DANIEL LEISTEME